

ULTIMO NUMERO



TRIUNFO ha llegado al final de un largo camino. Estas líneas pretenden hacer escueta la despedida que debemos a nuestros lectores, el adlós que corresponde a esta impropiable situación.

En el número inicial de la más reciente etapa de TRIUNFO describíamos su cambio de periodicidad como «una salida de urgencia para una situación agónica». La esperanza en esta «salida» descansaba en el argumento de que, atemperando con una periodicidad más dilatada las muy graves dificultades económicas que comportaba la aparición semanal de la revista, ampliábamos su permanencia en el tiempo y añadíamos probabilidades a favor de una posterior «solución». Solución que, para nosotros, no podía ser otra que el regreso a la específica vocación profesional de la revista que había sido: un semanario de opinión, de inequívoca significación democrática, cuya voz independiente debía seguir contribuyendo a favor de la libertad en esta lenta y difícil transición en que todavía estamos.

No es fácil, y es triste confesar que no hemos conseguido nuestros propósitos. Las previsiones se nos quedaron demasiado cortas. Y las circunstancias adversas —disminución paulatina de difusión, aumento acelerado de costes, descenso en picado de los mínimos ingresos publicitarios programados— crecieron con desmesura y, en los últimos meses, de forma galopante. En definitiva, nos ha desbordado una realidad que, aunque no nos parezca razonable, posee la razón histórica. No es útil revolverse contra ella y considerarla culpable de todos nuestros males. Probablemente, además de inútil es injusto. Lo que, en cambio, sí es cierto es que no hemos logrado alcanzar la cuota con la que aspirábamos a contribuir a la transformación de esa realidad desapacible y versátil.

Aplicando un criterio darwinista a la cuestión, quizá cabría sugerir que la implacable selección natural —y esa desapacible y versátil realidad como su agente— ha eliminado a TRIUNFO de la evolución de esta especie comunicacional. Entre otras causas, por no haber sabido —o no haberlo querido por no considerarlo coherente con la propia trayectoria— adaptarse a un medio en el que, por ahora, se elude o se pospone el ejercicio de la reflexión y del libre examen.

TRIUNFO ha llegado, pues, al final de su largo camino. A una situación irreversible, sin más allá, sin otra esperanza ya que el recuerdo positivo que pueda suscitar ese largo camino, honesta y libremente recorrido. ■ J. A. E.

ES preciso tomar prestado el conocido título de la obra de Luckacs para sintetizar la confusa y contradictoria situación política que

vive nuestro país o recurrir a la última novela de Semprún «La Algarabía», para describir la ceremonia de la irracionalidad política en la que nos encontramos. España, sobre todo en los últimos tiempos, siempre ha sido la piedra de escándalo de cualquier teoría política y, por lo general, aquí siempre ha sucedido lo contrario de lo que debía teóricamente suceder; pero lo que ocurre en las últimas semanas marca ya un salto cualitativo: España es ahora la piedra de escándalo para la razón y el sentido común. Y es precisamente esta ola de irracionalidad uno de los signos más preocupantes y sintomáticos del panorama político; sabido es que cuando se llegan a estos extremos empieza a llegar la hora de quienes hacen del asalto a la razón su concepción ideológica, su modo de existencia y su método de acción: la involución con sus dos vías, la vía armada del golpe de Estado y la vía pacífica del retroceso constitucional.

Es una constante en la corta historia del último proceso democrático español el hecho de que cuando aparentemente más se da la sensación de avance de las fuerzas progresistas mucho más en realidad se retrocede; así sucedió con la firma de los pactos de la Moncloa que precedieron en pocos meses la defenestración de Fuentes Quintana y así sucedió con la moción de censura contra Adolfo Suárez que precediera en pocas semanas la caída del primer presidente democrático y constitucional en más de cuarenta años. En ambas ocasiones el aparente éxito inicial no era tal; en realidad esta supuesta victoria formaba parte de la táctica de quienes toleraban a corto plazo este paso adelante para a continuación dar dos pasos atrás. Está fuera de toda discusión hoy que los reales vencedores de estos dos ilusos avances progresistas fueron sus adversarios.

Desgraciadamente esta constante vuelve a reproducirse estos días: tras la sensación de incontenible avance socialista, provocada por los resultados aplastantes de las elecciones autonómicas andaluzas, comienza a tenerse la impresión de que estamos en las vísperas de un nuevo retroceso generalizado. No sólo debido a la existencia de unas sentencias del Consejo de Guerra contra los responsables de un intento de golpe de Estado que